

anuario
2010
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCAMPO





ANUARIO 2010

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
“FLORIÁN DE OCAMPO” (C.S.I.C.)



anuario 2010

**INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCAMPO**



ANUARIO DEL I.E.Z. FLORIÁN DE OCAMPO

I.S.S.N.: 0213-82-12

Vol. 27 - 2010

EDITA:

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS “FLORIÁN DE OCAMPO”

Director: Pedro García Álvarez

Secretario de redacción: Blas Leal Delgado

Consejo de redacción: Miguel Gamazo Peláz, Julio Pérez Rafols, Julián Calvo Domínguez, Hortensia Larrén Izquierdo, María Concepción Rodríguez Prieto, Arsenio Dacosta Martínez, Juan Andrés Blanco Rodríguez, Jesús Carlos Portales Gato, Juan Carlos González Ferrero, Héctor Bobo de la Peña

Secretaría de redacción: Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”
Diputación Provincial de Zamora
Doctor Carracido s/n - 49006 Zamora (España)
Correo electrónico: iez@iezfloriandeocampo.es

SUSCRIPCIONES, PRECIOS E INTERCAMBIO:

Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”
Diputación Provincial de Zamora
Doctor Carracido s/n - 49006 Zamora (España)
Correo electrónico: iez@iezfloriandeocampo.es

Los trabajos de investigación publicados en el ANUARIO DEL I.E.Z. “FLORIÁN DE OCAMPO” recogen, exclusivamente, las aportaciones científicas de sus autores. El Anuario declina toda responsabilidad que pudiera derivarse de la infracción de la propiedad intelectual o comercial.

© Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
Diputación Provincial de Zamora
Diseño de portada: Ángel Luis Esteban Ramírez
Imprime: DelaIglesia Impresores
Pol. Ind. Valcabado A
Ctra. Gijón Sevilla, Km 272,8
49002 Valcabado
Zamora (España)
Depósito Legal: ZA - 65 - 2008

ANUARIO DEL I.E.Z. FLORIÁN DE OCAMPO

I.S.S.N.: 0213-82-12

Vol. 27 - 2010

ÍNDICE

ARQUEOLOGÍA

- Nuevos hallazgos en el yacimiento de “El Juncal” (Villalarbo, Zamora).
Notas sobre su funcionalidad, cronología y extensión..... 11
Elvira SÁNCHEZ SÁNCHEZ y Rosa M.^a MORENO PELAYO
- “Osculatorio” procedente del castro de El Castellón (Santa Eulalia de
Tábara, Zamora)..... 27
José Carlos SASTRE BLANCO y otros
- El yacimiento de “La Iglesia”, Toro (Zamora) en relación con las obras de
la alta velocidad ferroviarias 51
Jesús Carlos MISIEGO TEJEDA y otros
- Excavación arqueológica en el atrio norte de la Colegiata de Santa María
la Mayor de Toro 75
Javier QUINTANA LÓPEZ y Soledad ESTREMERÁ PORTELA
- Nuevos elementos para la comprensión del sistema defensivo medieval de
la ciudad de Toro 93
Ángel L. PALOMINO LÁZARO y otros
- Trabajos arqueológicos en la 2.^a Fase de Rehabilitación de la Ermita de
Nuestra Señora de las Angustias, Corrales del Vino (Zamora) 121
Miguel Ángel MARTÍN CARBAJO y otros

ARTE

Nuevas atribuciones al escultor toresano Antonio Tomé	141
José Ángel RIVERA DE LAS HERAS	

La Casa de los Marqueses de Alcañices en Toro. Nuevos datos	173
Luis VASALLO TORANZO	

La construcción de las panaderías de Zamora y la intervención del arquitecto Manuel Martín Rodríguez	191
Mercedes ALMARAZ VÁZQUEZ y José Á. BLANCO SÁNCHEZ	

DOCUMENTACIÓN

El testamento del maestro de obras Juan de León, alarife en el Madrid del siglo XVII, natural de Pino en la Tierra y Obispado de Zamora (1676).....	221
José Antonio MATEOS CARRETERO	

HISTORIA

Los Montes de Sanabria a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.....	237
Inocencio CADIÑANOS BARCELI	

La represión franquista en la Comarca de Toro (1936-1945).....	255
Cándido RUIZ GONZÁLEZ	

Ermitas y beneficencia en Tierra del Pan-II	303
Cecilio VIDALES PÉREZ	

El Cid, Ruy Díaz de Vivar, “mito” del Condado de Castilla frente al “Regnum Imperium Legionensis” del rey Alfonso VI de León, y el cerco de Zamora ..	347
José María Manuel GARCÍA-OSUNA Y RODRÍGUEZ	

MEMORIA DE ACTIVIDADES	393
------------------------------	-----

NORMAS PARA LOS AUTORES	443
-------------------------------	-----

RELACIÓN DE SOCIOS	447
--------------------------	-----

ARQUEOLOGÍA





EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA EN EL ATRIO NORTE DE LA COLEGIATA DE SANTA MARÍA LA MAYOR DE TORO

JAVIER QUINTANA LÓPEZ Y SOLEDAD ESTREMER A PORTELA

ALACET ARQUEÓLOGOS, S. L.

RESUMEN

Las excavaciones en el atrio norte de la iglesia colegiata de Toro, un trabajo enmarcado en el proyecto de restauración, han proporcionado nuevos datos para entender la evolución del monumento y la secuencia de este espacio desde el siglo X a la actualidad.

ARCHAEOLOGICAL EXCAVATION IN THE NORTH VESTIBULE OF THE COLEGIATA OF SANTA MARIA LA MAYOR OF TORO

ABSTRACT

The excavations at the atrium north of the collegiate church of Toro, a work framed in the restoration project, have provided new data to understand the evolution of the monument and the sequence of this space since the 10th Century to the present.

En el año 2009 la Junta de Castilla y León adjudicó a nuestro gabinete la intervención arqueológica en el atrio norte de la Colegiata de Santa María la Mayor de Toro como parte del estudio integral¹ redactado como paso previo al proyecto de restauración.

La primera referencia a la iglesia es una donación de 1139, si bien no será hasta la 1160 o 1170 cuando se aborde este proyecto, aunque es posible que estuviera sobre otro templo menor de inicios del s. X. Parece que nació como una más de las parroquias de Toro, pues el primer testimonio colegial no aparece hasta el primer tercio del s. XIV. Según José Navarro, el pórtico románico original de la fachada norte² corresponde a la tercera de las fases constructivas del monumento,

¹ De él forman parte también la regesta documental realizada por José Navarro Talegón, la lectura estratigráfica muraria de Leonardo Sánchez Zufiaurre y el análisis de la construcción del arquitecto restaurador Claudio I. Pedrero Encabo.

² Según deducen los autores de la lectura de paramentos parece que ese pórtico abarcó únicamente la portada (SÁNCHEZ ZUFIAURRE, 2009: 29).

identificada con el reinado de Fernando III (1230-1252) y en la que casi se remata el templo (Navarro Talegón, 2005). Sus restos se utilizaron en una edificación adosada al ábside norte que fue derribada por Menéndez Pidal y Pons Sorolla en 1943. A partir de los vestigios de esta obra parece que estaba formado por un pretil en el que apoyaban, sobre basas áticas, columnas pareadas con fustes lisos y capiteles con collarinos que sostenía la arquería. Contaba también con cornisa sobre canecillos decorados y un tejado apoyado en una estructura de madera sobre ménsulas (Navarro Talegón, 2005: 49-50). Una vez iniciada la excavación conocimos un dato inédito localizado por José Navarro que refiere la realización de una obra en el pórtico a inicios del s. XVI. Con esa cita relaciona Sánchez Zufiaurre la prolongación del pórtico al resto de la fachada, marcado por una nueva línea de ménsulas (Sánchez Zufiaurre, 2009: 45). Lo que se conoce mejor es que a comienzos del XVIII Jacinto de Córdoba, a la par que reformaba la fachada y levantaba la sacristía, construyó el atrio, ya terminado en 1709 (Navarro Talegón, 1980: 111 y nota 33; ídem, 2005: 50 y nota 61). Por el grabado de Parcerisa (Cuadrado y Parcerisa, 1990) de mediados del s. XIX y las fotografías de inicios del XX sabemos de las principales modificaciones: la desaparición del remate de leones sobre las columnillas de la entrada norte, el hecho de que la plataforma inferior de la escalinata haya quedado incluida en la plaza, que el primer escalón voltee sobre la base del pilar este y, quizás, que se haya modificado el moldurado exterior del muro, se deben a las refacciones del siglo XX, aunque nada se aporta al respecto en lo poco publicado (Esteban y García, 2007: 391-398; VV.AA. 1958: 85).

LA EXCAVACIÓN

La excavación, que abarcó 183,20 m², debía asumir el condicionante de la presencia del andamio adosado a la fachada para la restauración, cuyos pies descansaban en el solado del atrio. Se diseñó, por tanto, una compleja estrategia en dos fases: la primera afectó a una banda pegada al muro norte del atrio. La segunda tuvo lugar tras una labor de protección de las estructuras aparecidas en la primera zona y en ella se levantaron cada uno de los pies del andamio para excavar el espacio así habilitado. La excavación se completó con la apertura de dos pequeños sondeos para conocer mejor la cimentación, en los extremos E y O.

Las complejas vicisitudes del área comprendida por el atrio norte han dejado huella en el subsuelo, la mayor parte como cortes, nivelaciones o subsoluciones de momentos recientes de la historia del monumento. Estos hiatos, que forman parte también de la historia del templo, han interferido en la conservación de los restos del primitivo pórtico, que era uno de los objetivos del proyecto, pese a ello, sí hemos documentado algunas de las más viejas evidencias, las vinculadas a la

construcción de la iglesia e incluso anteriores, cumpliendo así con otro de esos objetivos. En total se han registrado un centenar de unidades estratigráficas agrupadas en seis periodos crono-culturales que exponemos desde el más reciente.

El monumento fue objeto de una restauración iniciada en 1932 por Alejandro Ferrant y continuada por Menéndez Pidal y Pons Sorolla entre los años cuarenta y cincuenta. De ninguno de los proyectos se conoce demasiado y en lo disponible no se hace mención al atrio norte (VV.AA., 1958: 85 y lám. CLVIII; Esteban y García, 2007: 391-398). Por ello, la primera sorpresa fue constatar que por debajo del enlosado, que según todo lo escrito era obra de inicios del XVIII, nos encontramos con una losa de hormigón que no dudamos en atribuir a la última intervención, sobre la que descansaba el enlosado calizo. Para colocarla fue necesario hacer un vaciado hasta unos 35 cm de profundidad, eliminando, entre otras cosas, las evidencias del piso del s. XVIII. La intervención abrió también una zanja perimetral, testimonio elocuente de que se levantó todo el muro del pórtico y que fue recolocado reforzando su cimentación, tarea que afectó también a la escalera norte, cuya zanja es aún más ancha. La obra de restauración anterior, la de Ferrant, según Navarro Talegón reemplazó las columnillas y faldones de la portada. Esta restauración aparece en la lectura de paramentos, pero se atribuye a Menéndez y Pons (Sánchez Zufiaurre, 2009: 53 y 54). En la estratigrafía apreciamos un corte sobre la cimentación y un echadizo arenoso por encima que se encuentra bajo el faldón de la portada y de forma previa a la losa de hormigón, que a su vez se apoya en el faldón, por lo que o bien esta losa es de lo último realizado por Menéndez y Pons, o bien, como apostamos, el faldón y las columnillas corresponden a Ferrant.

Como consecuencia de esas alteraciones, de la obra de inicios del s. XVIII en la que se derruye el original románico y se levanta el atrio apenas nada quedaba. Tan sólo podemos referirnos, no sin dudas, al corto tramo del muro que recorre el flanco este de la torre, cuya basamento parece que no se desmontó. La otra evidencia es el relleno cortado por esas obras del s. XX. Conservaba unos 30 cm de espesor, algo decreciente hacia el este debido a la inclinación natural, y estaba compuesto por tierra heterogénea con escombros, además de carbones y cenizas. Todo indica que se trata de un aporte para ganar la cota donde disponer el piso del nuevo atrio y cuya cronología se ve confirmada por los materiales.

El periodo de época moderna es de singular complejidad porque incluye varias estructuras y también porque éstas fueron reparadas en diversos momentos e interferidas por las remodelaciones de los siglos XVIII y XX. La huella más antigua es la reforma del pórtico medieval para colocar un nuevo pavimento, en este caso de guijarros, y una escalinata de acceso a la portada (Fig. 1). El enchinarrado contó con un encintado de losetas calizas, en su mayor parte expoliado, que lo dividía en cuadros de unos tres metros de lado. En los cuadros se colocaron los cantos,



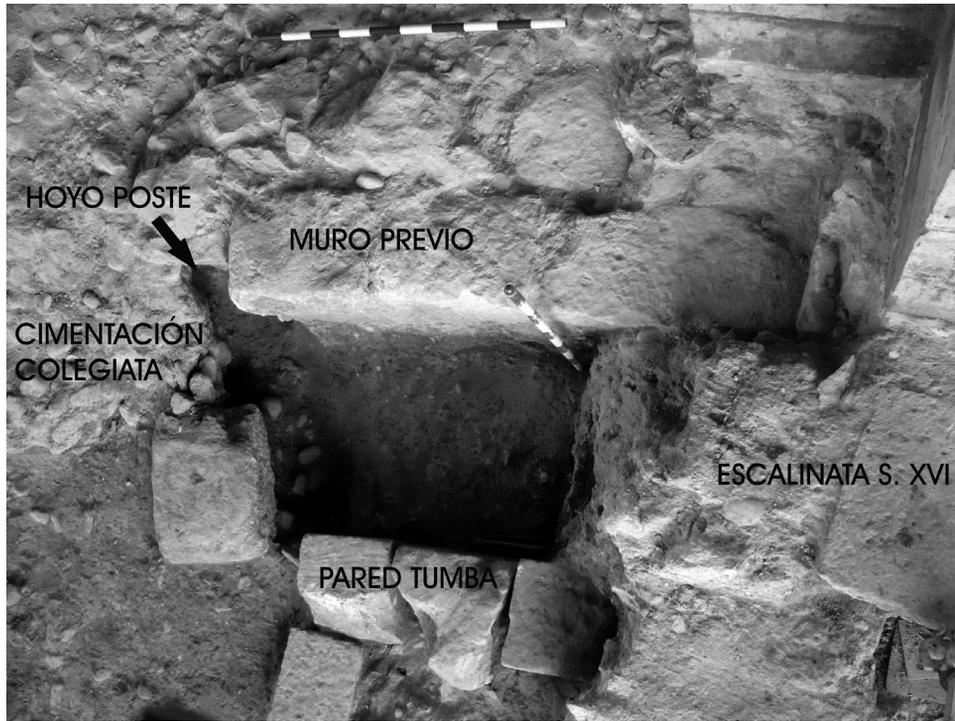
Lám. 1. Detalle de uno de los fragmentos del suelo enchinarrado del pórtico del siglo XVI.

frecuentemente en espiga, formando diseños geométricos mediante líneas curvas que se van cortando. El efecto ornamental quedaba resaltado por la bicromía, reservando piedras blancas para determinados espacios, mientras que el resto eran gris rojizas (Lám. 1). Este enmorrillado se conservaba de forma discontinua sobre todo en la zona central y oeste. En varios de los retazos observamos cambios técnicos, con cantos de mayor tamaño o diseños desiguales, que cabe atribuir a reparaciones, confirmadas por algunas superposiciones, y no faltaban arreglos con argamasa de cal o con tierra apisonada. En la zona este se documentó una capa de arena sobre el pavimento que tal vez sirvió de cama a un suelo de losas del cual nada queda. Otra modificación fue la colocación en la zona oeste, cerca de la esquina entre la fachada y la torre, de un corto banco corrido sobre pilares que son piedras reaprovechadas, una de ellas la dovela moldurada de un arco con una roseta, que no parece ser de la Colegiata.

La obra se completó con una escalera (Fig. 1, Lám. 2), necesaria para salvar el desnivel producido por el rebaje de cota entre el nuevo suelo y la entrada del templo. En la parte este de la portada los constructores se encontraron con la

cimentación de calicanto de la iglesia, cuya superficie proceden a allanar para crear la plataforma superior y tallan otro banzo en la parte frontal, mientras que los escalones inferiores se resuelven con un tierra recubierta de argamasa, todo después tapado con losas cuyas huellas aún se conservaban. Esa cimentación de calicanto, por razones que luego tratamos de explicar, queda reemplazada mediado el vano de la portada por un muro de sillería. La escalera se adapta a esa circunstancia con ese sistema de relleno de tierra recubierto de argamasa que soporta los banzos y escalones, en número de cuatro, según vimos en el único lugar donde las losas no habían sido expoliadas, en la esquina oeste pegada a la iglesia. La escalera medía en total unos 8,5 m de este a oeste por 4,5 m de norte a sur, dando continuidad al enchinarrado y configurando una entrada más teatral a la puerta norte, al producirse de abajo a arriba, de la que debió tener en época medieval. Para fechar esta obra en el siglo XVI nos fiamos de los materiales del depósito infrayacente y de los paralelos que ofrece este piso en edificios de este momento de la ciudad, como el patio del Palacio de Bustamante, el portal del Convento de Sancti Spiritus o el patio del Hospital de la Asunción (Navarro Talegón, 1980: 56-57, 78-79; Vasallo Toranzo, 1994: 174, 332-336). Como vemos esta fecha cuadra bien con la noticia de obras en el pórtico a inicios de la centuria comentada, que parecen prolongar el reducido pórtico románico a toda la fachada (Sánchez Zufiaurre, 2009: 29 y 45). Este nuevo pórtico fue, además, más ancho que el atrio actual, pues el piso estaba cortado por el muro norte. Es posible que el rebaje efectuado contribuyera al deterioro del enchinarrado por la entrada de agua, ya que pudo quedar incluso por debajo del de la plaza, lo que precisó de esa continua labor de arreglo que tal vez fuera la causa que motivará una solución definitiva, la que se abordó a inicios del siglo XVIII.

Los restos del pavimento del XVI no cubren el tramo este del actual atrio, sino que se interrumpen al inicio oeste del transepto por un corte que responde a la nivelación del XVIII, pero el hecho de que más allá, a la misma cota que debió tener el enchinarrado e incluso más arriba, aflore el nivel geológico, la cimentación de la Colegiata y varias tumbas medievales, que lógicamente debieron abrirse desde un piso a un nivel superior, apunta a que la reforma del XVI implicó un rebaje considerable, de entre 0,5 y 0,8 m, no sólo del corto pórtico románico sino también del camposanto parroquial que lo rodeaba. Allí donde no aflora el nivel natural, es decir, en la zona central y oeste, el enchinarrado descansa sobre un echadizo de unos 30 cm de espesor que mezcla tejas y ladrillos con huesos humanos de la destrucción de las tumbas. Contra la fachada de la iglesia este nivel se apoyaba en sendas reparaciones de la cimentación, la primera de la base del pilar de la caja de la escalera interna y la segunda encintando la base entrante que deja en la fachada ese hueco de la escalera.



Lám. 2. Detalle de la zona de la portada con la cimentación de calicanto de la Colegiata montando sobre el resto del muro reaprovechado. Por delante, pared con trozos de sillares correspondiente a la tumba medieval parcialmente tapada por la escalinata del siglo XVI. En la unión entre las dos fábricas de la cimentación, hoyo del andamio de construcción.

Los niveles bajomedievales son los más afectados por ese vaciado del siglo XVI. De hecho a esta etapa tan solo podemos atribuir una sepultura trapezoidal con paredes de argamasa y ladrillos y posible cubierta de esta fábrica, pero que se encontraba hundida y había perdido la mayor parte del alzado en la zona de la cabecera, lo que afectaba también a los restos óseos (Fig. 1). Los paralelos sitúan estas tumbas de ladrillo en la Baja Edad Media, tal vez en el siglo XIV (Larrén Izquierdo, 1987: 524), al que remite también los escasos materiales cerámicos recuperados. En la misma posición, pero algo más al norte, detectamos otra posible sepultura de este periodo bajo una capa de argamasa y tierra muy alterada.

Llegamos así a los momentos que podemos relacionar con la construcción de la Colegiata y con su primitiva necrópolis. Empezando por esta última, hemos agrupado en la misma fase hasta cinco fosas aparecidas en la zona este del atrio (Fig.

1). Las dos del norte (UU.EE. 117 y 118), en fosa simple, casi arrasadas por las nivelaciones posteriores, de las dos de la zona sur, también de individuos adultos, al menos una de ellas es antropomorfa (u.e. 164) (Lám. 3) –la otra quizás también lo fue, pero su cabecera está alterada por el bordillo del enchinarrado–, y ambas presentan reutilizaciones, al menos la 164 con dos inhumaciones separadas por un somero relleno. Aún más pegada al muro descubrimos una tercera fosa (U.E. 168) de apenas un metro de largo, utilizada para un neonato y las reducciones de al menos otros tres niños. Finalmente, en la zona de la portada y afectada por la escalera del s. XVI se documentó una pared de sillares reaprovechados paralela al muro de cimentación de sillería que comentamos más adelante (Lám. 2). El espacio entre ambas paredes sirvió para inhumar a un adulto, tal vez con la incorporación de una cubierta pétreo. Dado que es la única tumba (U.E. 182) en la que se ha construido una pared y, sobre todo, por su ubicación en la portada, parece que estamos ante un enterramiento de relevancia, aunque la excavación de la parte exhumada –su cabecera quedaba bajo los restos conservados de la escalera del XVI– no aportado ajuar. Una cronología plenomedieval, sincrónica a los primeros momentos del templo (fines del s. XII-s. XIII) no cuadra mal a las inhumaciones en fosa simple o antropomorfa y a esta última tumba con paredes. Mayores dudas tenemos sobre la fosa de los enterramientos infantiles, que pudiera ser contemporánea o posterior, habida cuenta que el ritual no se seguía con tanta atención para los recién nacidos. La cronología de las sepulturas en fosa pueden corroborarse por el hecho de que al menos la antropomorfa y una de las de fosa simple, además de aquella de ladrillo, se abrieron parcialmente sobre un nivel de cenizas y carboncillos depositado en una cubeta de unos 3,5 m de diámetro y 12 cm de profundidad, muy posiblemente un resto de las labores de construcción del templo, según indican las cerámicas recuperadas (Lám. 3).

El resto de las evidencias corresponden ya a las cimentaciones de la Colegiata (Fig. 1). En el tramo este, hasta la zona central de la portada, el fundamento es una obra de calicanto, con abundante componente arenoso que le presta color amarillento, que profundizaba en torno a 40 cm en el nivel geológico y que con una anchura de entre 40 y 60 cm recorre toda la fachada con excepción del tramo del hueco de la escalera interna, que al no ser un muro de carga descansando directamente en el geológico. Esa cimentación, que puede identificarse con la unidad más antigua de la fachada en la lectura de Sánchez Zufiaurre, se ensancha en la zona de la portada hasta los ochenta centímetros y dibuja una línea algo más abierta que el muro. La explicación de este cambio se encuentra en que hacia occidente la cimentación monta sobre un muro de sillería preexistente. En el punto de unión de ambas fábricas se localizó la huella de pie derecho de unos 30 cm de lado que puede vincularse con el andamio de construcción de la Colegiata, función a la que



Lám. 3. Tumba antropomorfa cortando en su cabecera al nivel de cenizas y carbones relacionado con la construcción de la Colegiata.

respondería también el hoyo localizado en la zona este, en este caso circular y de 40 cm de diámetro (Láms. 2 y 3). Una explicación complementaria al ensanchamiento de la cimentación de calicanto en la portada es que tuvo la misión de sostener la plataforma de entrada del pórtico románico, según idea de Claudio Pedrero.

Los restos del muro de sillería sobre el que se yuxtapone la cimentación de calicanto de fines del XII nos llevan a la historia del solar antes de la Colegiata. Es de dos hojas, pero sólo la exterior careada y con verdaderos sillares, trabado con mortero y descansa en el terreno natural unos 60 cm más abajo. A partir de la portada y hacia el oeste la cimentación continúa en sillería, pero en forma de un estrecho talón de 10 cm de anchura, que técnicamente no parece la continuación del muro descubierto, sino una obra de la Colegiata.

Ya hemos comentado que Navarro Talegón apunta la idea de que tal vez existió un templo previo en la zona sur del solar desde comienzos del s. X. Este autor también rechaza que la primera cita de 1139 indique una propuesta arquitectónica que se abandonara en el curso de las obras para ser suplantada por el proyecto del

último tercio del XII, entre otras razones porque en la fábrica no se ven piedras reutilizadas “*ni se ha hallado vestigio alguno en que sustentar tales cábalas*” (Navarro Talegón, 2005: 11 y 22), cuestión que pone sobre la mesa el muro ahora encontrado. Aunque puede defenderse, pues no hay argumentos estratigráficos en contra, que responde a un replanteo, lo que daría peso a esa cita de 1139 en el sentido de que se inició la construcción con un plan luego abandonado, nos parece más plausible atribuir el muro a una de las edificaciones previas, sobre todo teniendo en cuenta que en ningún otro punto hemos encontrado indicios, en cimentación, de ese plan previo, y a que en el alzado tampoco hay ningún reflejo del mismo, según indica el trabajo de Leandro Sánchez. La otra explicación, por la que apostamos, es que los constructores se toparan a partir de 1170, fecha propuesta para el inicio del templo, con ese muro durante las labores de demolición de las edificaciones previas y que fue aprovechado como parte de la cimentación al seguir hacia el oeste la alineación de la nueva obra. Lo que no sabemos es si pertenece a ese presunto templo anterior o a cualquier otro edificio del núcleo primitivo de Toro.

LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

El material recuperado ha sido escaso para la extensión del trabajo, lo que se debe a los sucesivos vaciados documentados en la zona del atrio. En total se han inventariado unas trescientas piezas, de las cuales más del 90% son fragmentos de vasos cerámicos y el resto metales –monedas y otros objetos pequeños–, piedras talladas y restos humanos. Siguiendo el orden expuesto, debemos señalar que los estratos del siglo XX, es decir, los de las últimas refacciones, no han aportado materiales, pues recordemos que eran estructuras y tan sólo dos depósitos, los rellenos de zavorras limpias de las zanjas del muro del pórtico y de la escalera.

El nivel más fecundo fue la colmatación de inicios del s. XVIII para el nuevo atrio. En el conjunto cerámico es posible distinguir varias producciones. La cerámica esmaltada está representada por un fragmento vidriado, el arranque de un fondo, en rojo popular, de los alfares locales, seis piezas en verde o melado, de las cuales una remite a un bacín y otra a un plato, además de un gran asidero o base apuntada. Y por el conjunto de lozas blancas. Entre las finas, con vidriados homogéneos y espesos, hay imitaciones de tipos de Alcora, Talavera o Puente del Arzobispo, y producciones originales, como un fragmento de loza tricolor talaverana. Son piezas escasas entre las que podemos referir dos platos (Fig. 2, 1) También hay piezas de calidad media, tal vez de alfares zamoranos o salmantinos, con esmalte algo craquelado y azulado, entre las que destaca el fondo de un plato de encargo con una “A” en azul (Figs. 2, 3), así como dos ejemplares con motivos en verde del tipo Olivares, que pueden proceder de Salamanca (Moratinos y Villanueva, 2006:

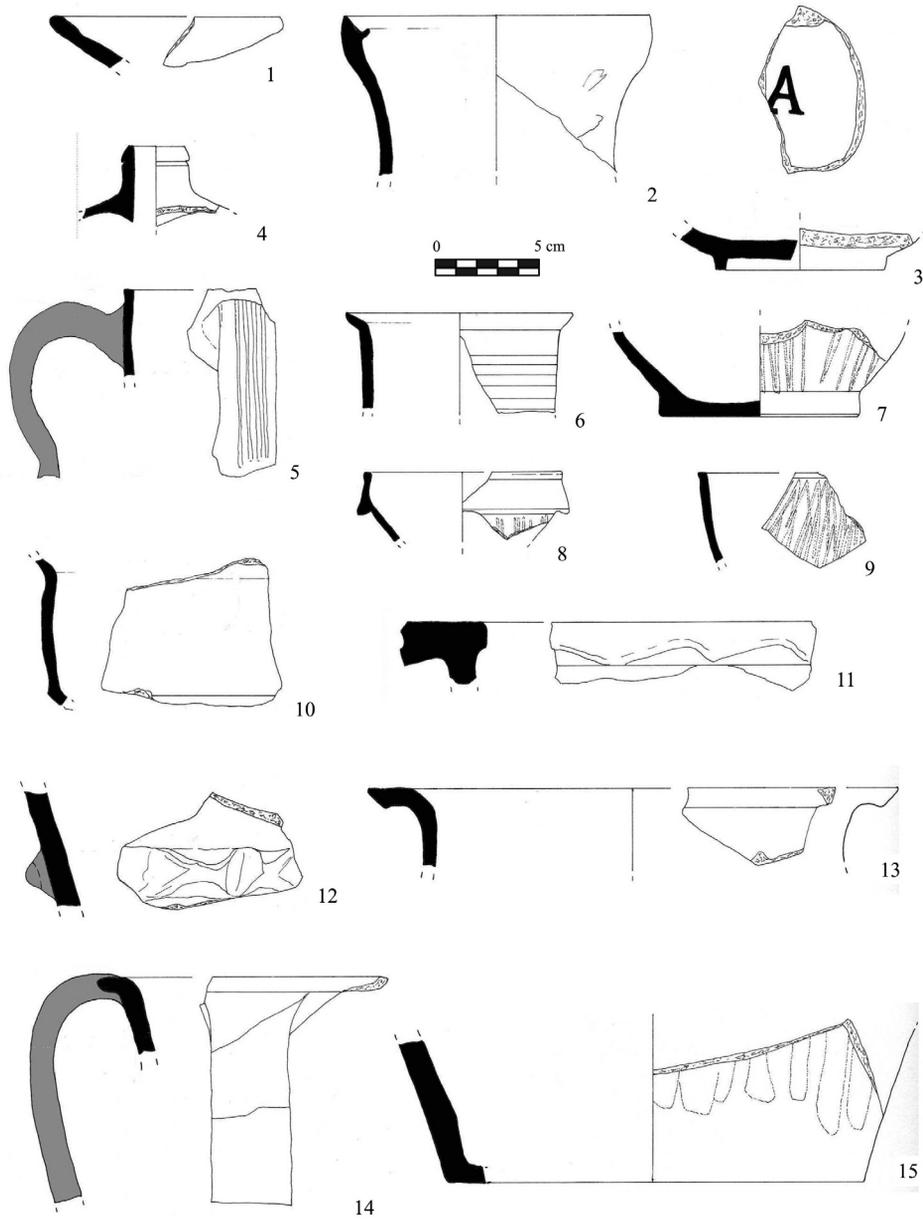


Fig. 2. Números 1 al 11, cerámicas de fines del s. XVII-inicios del XVIII. N.º 12, de los siglos XVI-XVII. Números 13 al 15, material de los siglos XIV-XV.

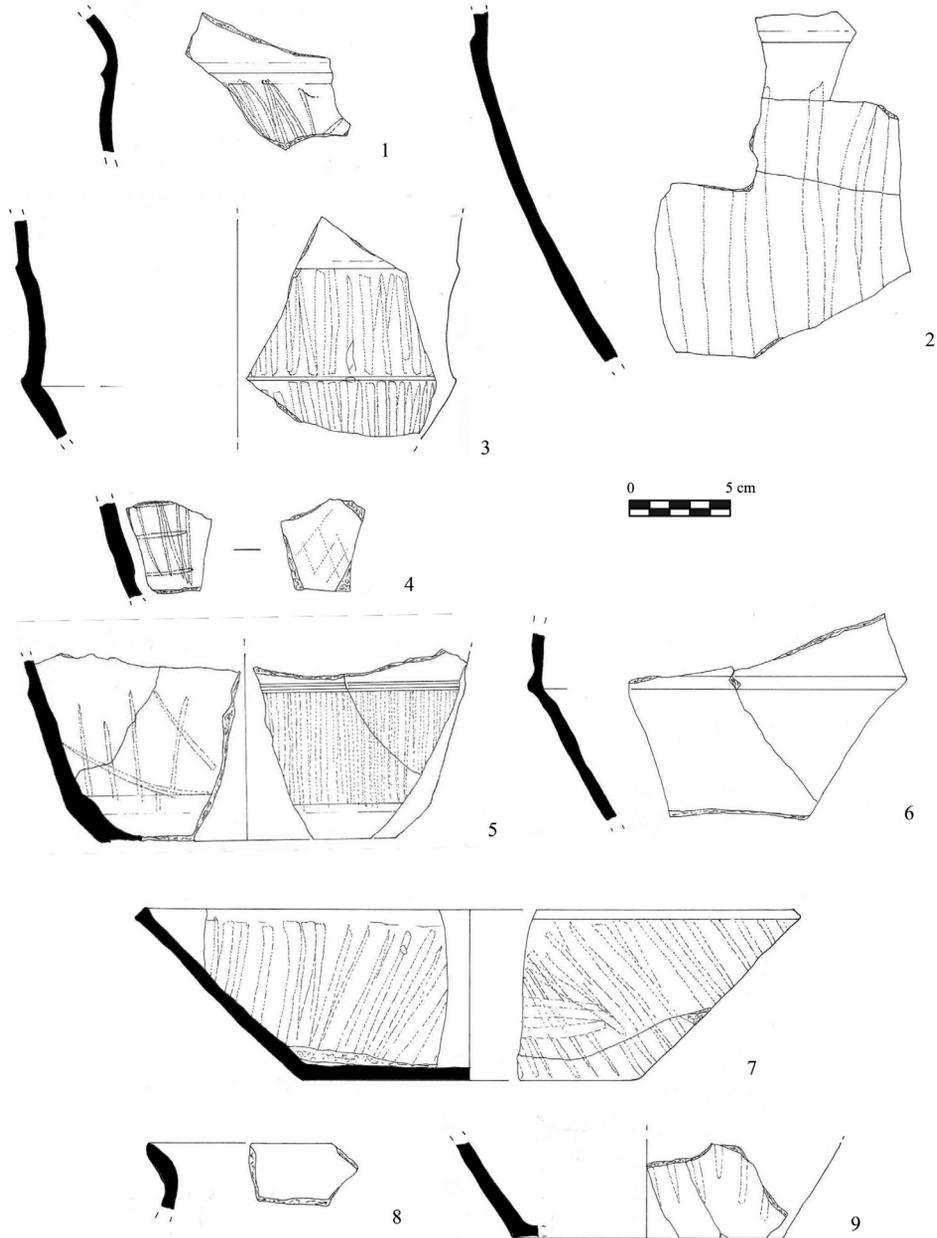


Fig. 3. Números 1 y 2, cerámicas de los siglos XIV-XV. Del 3 al 9, de los siglos XII-XIII.

84-86). No faltan las lozas populares de pastas rojizas o rosáceas, restos de platos y jarras, con vidriados livianos y con impurezas. Contrahechos locales son también las imitaciones de bucarinas de engobes rojizos y decoración de líneas de bruñido finas, como los cuencos (Figs. 2, 8 y 9), de mala calidad respecto a sus prototipos lusos, que también se han localizado en Toro (Fernández, Martín y Moreda, 1995). Tal vez hay una relación entre estas producciones de mesa locales con otras bien conocidas en la localidad que comparten con los engobes rojizos y las decoraciones bruñidas, como son las jarritas (Figs. 2, 5, 6 y 7), como un fondo con pared y varios bordes de labio saliente y cuello estriado, tipo que se atribuye al siglo XVII (Larrén Izquierdo, 1991 y 1992). También vemos dos jarras de sin decoración (Figs. 2, 2) y un cuello de cántaro, además de otros galbos y asas de esta forma. Siguiendo con el repertorio tenemos un gollete de cantimplora de barro rojizo local (Figs. 2, 4) y el borde, sogueado, de una tinaja de almacenamiento micácea (Figs. 2, 11), pasta con la que se elaboran dos tapaderas, una de ellas con asidero de botón. En cerámica reductora distinguimos una cazuela (Figs. 2, 10), varios trozos de ollas y tal vez dos de tinajas. Como piezas singulares debemos señalar dos pequeñas fichas cerámicas y un posible contrapeso perforado, así como seis monedas, las únicas legibles piezas de ocho maravedíes de Felipe IV resellados, la mejor con fecha de 1641. Finalmente, dos fragmentos de azulejos, uno de ellos en naranja, azul y blanco repite un dibujo de la segunda mitad del s. XVI o del XVII (Moratinos y Villanueva, 2005: 73-74). Como vemos, la mayoría de las piezas apuntan al s. XVII, lo que confirma la atribución del nivel a la obra ya acabada en 1709.

Los niveles de los ss. XVI y XVII son muy parcos. De arriba abajo, empezando por las reparaciones del piso, podemos señalar dos nuevos ejemplares de jarritas con decoración bruñida, junto con una loza popular en una de ellas; de un fragmento con cordón digitado de cerámica micácea, tal vez un barreño (Figs. 2, 12), en compañía de otro de cerámica rojiza, un asa y una loza popular en otra, o de un posible cántaro micáceo con líneas bruñidas en otro arreglo, materiales que no desmerecen del s. XVII. Al s. XVI debe pertenecer lo recuperado en la base de la escalera, pero los materiales no son significativos, pues tan solo hay un fragmento de asa de cántaro y dos con finas líneas bruñidas en cerámica roja. En el nivel por debajo del suelo hay cerámica oxidante con barro rojizo local: una olla o jarra con aguada rojiza y líneas verticales de bruñido, un pequeño fragmento de borde de plato y dos jarritas, una con líneas de bruñido verticales y otra con motivo reticulado. Aunque este nivel debería ser de inicios del XVI, ya hemos comentado que son múltiples las reparaciones realizadas, por lo que nada nos extraña la presencia de estas jarritas del XVII.

Del final de la Edad Media el único nivel fértil es el último relleno de la fosa 178, que se extiende fuera de ella por la zona sur. Hay aquí una proporción simi-

lar entre cocciones oxidantes y mixtas reductoras-oxidantes, con apenas cuatro fragmentos reductores. Vemos ollas, una reductora y las otras con terminación oxidante, una con labio biselado (Fig. 2, 13) y la otra con asa de cinta (Figs. 2, 14). Otra posible olla o jarra se reconoce por un galbo con pequeña moldura y finas líneas de bruñido desorganizadas (Figs. 3, 1). También tenemos cántaros, uno con anchas líneas de bruñido verticales poco marcadas (Figs. 3, 2). Un fragmento con fondo remite a una cazuela, también con gruesas y poco marcadas líneas bruñidas verticales. Entre las jarras destaca un fragmento con suave moldura marcando el cuello, carena baja y cuerpo con líneas bruñidas finas en vertical (Fig. 3, 3), que remite al tipo I de Turina (1994: 63, fig. 66, nº 1) y que fue identificada en el Palacio del Cordón de Zamora, con una cronología del s. XIII (Larrén Izquierdo, 1989: 274-275, fig. 5, nº 2; Turina, 1994: 64; Larrén y Turina, 1995: 82). Pese a esto, el resto nos parece de los ss. XIV-XV por la alta proporción de cerámica oxidante, alguna con aguada, lo que contrasta con el nivel inferior, al que tal vez perteneciera esa jarra. Otra característica es que, en contraste con el bruñido de época moderna, fino y regular, el de este nivel es ancho, poco marcado y descuidado.

El resto de las inhumaciones remiten a los siglos XII-XIII, pero no todos los rellenos deben valorarse por igual. Ya comentamos que el de la fosa con reducciones infantiles (U.E. 168) ni siquiera estamos seguros de su cronología. La fosa 170 presentaba dos enterramientos sucesivos, por lo que su relleno podía relacionarse con el último y, por lo tanto, de una fase avanzada de las inhumaciones en fosa, quizás de inicios del XIV, pero son tampoco los restos cerámicos, apenas media docena, que no podemos precisar, pues tan sólo destaca la pared de un cántaro reductor con anchas líneas de bruñido y un fragmento de plato o cuenco reductor con finas líneas de bruñido internas y tal vez externas en retícula (Figs. 3, 4). Otra de las tumbas en fosa (U.E. 119) tan sólo aportó cinco fragmentos, aunque cabe destacar el gollete de una cantimplora reductora. De esta manera, el nivel más intacto es el de la tumba antropomorfa más completa (U.E. 164). En él hemos recuperado siete piezas, cinco de cocción reductora, dos oxidantes y dos mixtas. Entre las primeras destaca una jarra variante del tipo 1 de Turina ya comentado y, por tanto, del s. XIII, con líneas verticales de bruñido que se extienden, curiosamente, también en el interior, aquí con esquema cruzado (Figs. 3, 5). También hay un fragmento de cántaro reductor con moldura (Figs. 3, 6), que lleva al tipo 2 de Turina, que no desentona con esa fecha (Turina, 1994: 38-39, fig. 6).

El depósito cenizas, que recordemos que estaba parcialmente tallado por esa última tumba, ha entregado un lote de catorce piezas dominado por las cocciones reductoras o mixtas a torno alto. Se reconoce un cuenco troncocónico de fondo plano con una profusa decoración de líneas de bruñido en sentido oblicuo tanto en el exterior como en el interior (Figs. 3, 7). Esta pieza puede relacionarse con

el tipo 1 de Turina, del Palacio del Cordón de Zamora, fechado en los ss. XI-XIII (Turina, 1994: 89-90. fig. 27, nº 1; Larrén y Turina, 1995: 82, fig. 4, nº 10). También contamos con un borde de olla (Fig. 3, 8), forma a la que tal vez remite un arranque de fondo con decoración bruñida (Figs. 3, 9) y un par de galbos con líneas bruñidas, que asimismo vemos en otros dos fragmentos, quizás de jarras, a la que llevan también un fragmento de cuello y un asa de cinta. Otro galbo, de mayor tamaño, es de un cántaro. Al comentar la estratigrafía ya señalamos que este nivel podía relacionarse con la construcción de la Colegiata, entre 1170 y fines del XIII, margen que cuadra bien con los materiales.

APORTACIONES A LA HISTORIA DEL MONUMENTO

Uno de los resultados más destacados es la documentación de ese resto de muro de sillería aprovechado en la cimentación. Ya discutimos sobre los argumentos que nos llevan a apostar por qué se trata de la huella de uno de los edificios demolidos para habilitar el solar hacia 1170, por lo que debe datar entre la repoblación de inicios del s. X y esa fecha. Siguiendo con la evolución del edificio, el estudio de Navarro Talegón concluye que nació como templo parroquial y que las obras no se concluyeron hasta fines del XIII. Esas fechas son coherentes con los materiales del nivel más antiguo localizado, ese nivel de cenizas y carbones de la zona este que nos lleva a un punto de combustión o de limpiezas de hogares u hornos que pudieran relacionarse con la edificación. También están vinculadas a la construcción las dos huellas de andamios localizadas, una de ellas insertada en la cimentación. Y esta última, sobre la cual que hemos confirmado que está formada por calicanto bastante arenoso y de color amarillo que apenas profundiza medio metro en el terreno natural. El carácter parroquial con el que nació la iglesia tiene su refrendo en los restos del cementerio de la zona este de la excavación, aunque muy alterados por el rebaje de inicios del XVI. Las características de las tumbas más intactas, las más antiguas antropomorfas, en fosa simple o con pared pétreo, las más modernas trapezoidales y con paredes de ladrillo, y de los materiales de sus rellenos, confirman que el cementerio comenzó a usarse desde el mismo momento en que entró en funcionamiento el templo, sin duda antes de su finalización, y que continuó al menos hasta fines del siglo XV o inicios del XVI.

El principal reflejo en el espacio del atrio norte del auge de la ciudad en la primera mitad del siglo XVI es la obra que se acomete a inicios de la centuria y que cambió por completo el aspecto de la entrada. Conllevó el rebaje del suelo del pórtico románico que, asumiendo la interpretación de la lectura de paramentos, solo abarcó la zona de la portada, y también de los sectores situados al este y al oeste y que formaban parte del camposanto, hasta unos ochenta centímetros, pues esta es

la diferencia de cota del piso enchinarrado que se coloca en esta reforma respecto al umbral de la puerta. Una gran intervención que se entiende dentro de una obra ambiciosa que amplió el espacio del pórtico a toda la fachada³, según se ha identificado en la lectura de paramentos, y la construcción de un sistema de ingreso sustituyendo la plataforma del pórtico románico por una escalera de al menos cuatro banzos que cubrió toda la anchura de la portada. El enchinarrado siguió en origen un esquema decorativo de cuadros delimitados por bordillo de losetas calizas y diseño interior geométrico con bicromía de cantos blanquecinos y otros rojizos y grises. Otra cosa clara es que se dispuso según un somero buzamiento hacia el oeste y el norte, seguramente para permitir la evacuación del agua y para adaptarse al terreno natural, circunstancia que contribuyó a su acelerado deterioro. La historia posterior queda reflejada en las reparaciones sobre el piso con muy diversas técnicas, y por la inserción en la zona oeste de un banco corrido.

Los problemas de conservación del piso del XVI por el rebaje realizado en el terreno seguramente son los que motivan la sustitución del pórtico por el atrio por Jacinto de Córdoba a inicios del s. XVIII, obra que afectó al piso y escalera del XVI y nuevamente a las inhumaciones medievales de la zona este. Esta obra recuperó la cota del suelo del pórtico románico, aunque extendida ahora a toda la fachada. La otra importante reforma, no recogida en la documentación, es la refacción del siglo XX en sus dos fases. La de Ferrant en los años treinta, que parece que afectó únicamente a la parte baja de la portada y que hemos identificado por estrato de remoción. Y la de Menéndez Pidal y Pons Sorolla tras la Guerra Civil, que levantó y recolocó el muro del atrio, su escalera norte y añadieron un nuevo suelo con losas de caliza sobre una potente plancha de hormigón.

BIBLIOGRAFÍA

- CUADRADO, J. M. y PARCERISA, F. J. (1990): *Recuerdos y Bellezas de España. Zamora*. Ed. Ámbito. Valladolid. Facsímil de la edición de 1860.
- ESTEBAN CHAPAPRÍA, J. y GARCÍA CUETOS, M. P. (2007): *Alejandro Ferrant y la conservación monumental en España (1929-1939): Castilla y León y la Primera Zona Monumental. Volumen I*. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- FERNÁNDEZ NANCLARES, A.; MARTÍN MONTES, M. A. y MOREDA BLANCO, J. (1995): *Arqueología en San Benito (Valladolid). La cerámica bucarina de tipo "orfebre": origen, tipología y dispersión*. Ayuntamiento de Valladolid.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. (1987): "La necrópolis medieval en ladrillo de San Miguel de Arévalo (Ávila)". *II Congreso de Arqueología Medieval Española. Tomo III: Comunicaciones*. Madrid, 19-24 de enero de 1987, pp. 513-524.

³ Decimos ampliación del pórtico, que no demolición, por no entrar en contradicción con la noticia de que es en el siglo XVIII cuando se hace esa destrucción (NAVARRO TALEGÓN, 2005: 50).

- (1989): “Notas sobre la cerámica medieval de la provincia de Zamora”, en J. Avelino Gutiérrez y R. Bohigas Roldán (coord.), *La Cerámica Medieval en el norte y noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio*. Universidad de León, pp. 261-284.
- (1991): “Hallazgos cerámicos en la ciudad de Toro”. Anuario Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, pp. 75-113.
- (1992): “Hallazgos cerámicos en la ciudad de Toro (II): El conjunto del “Patio del Siete”. Anuario Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, pp. 163-174.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. y TURINA GÓMEZ, A. (1995): “Caracterización y tipología de la cerámica medieval de la provincia de Zamora, siglos XI-XIV”. Actas das 2ª jornadas Cerámica Medieval e Pós-Medieval. Metodos e resultados para o seu estudo. Tondela.
- MORATINOS GARCÍA, M. y VILLANUEVA ZUBIZARRETA, O. (2005): *La azulejería renacentista del Monasterio de Sancti Spiritus el Real de Toro*. Cuadernos de Investigación, 24. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora.
- (2006): *La alfarería en la Tierra de Zamora en época moderna*. Cuadernos de Investigación, 28. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora.
- NAVARRO TALEGÓN, J. (1980): *Catálogo monumental de Toro y su alfoz*. Zamora.
- (2005): *La Colegiata de Toro*. Junta de Castilla y León.
- SÁNCHEZ ZUFIARRU, L. (2009): *Análisis arqueológico de los alzados. Fachada norte de la Colegiata de Santa María la Mayor de Toro (Zamora)*. Informe inédito depositado en la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León. Servicio de Restauración.
- TURINA GÓMEZ, A. (1994): *Cerámica medieval y moderna de Zamora*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 1. Junta de Castilla y León, Diputación de Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo.
- VASALLO TORANZO, L. (1994): *Arquitectura en Toro (1500-1650)*. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo.
- VV. AA. (1958): *Veinte años de restauración monumental en España. Catálogo de la Exposición*. Ministerio de Educación Nacional. Dirección General de Bellas Artes.



